

“Estamos en guerra”: memorias del conflicto armado salvadoreño y sus tramas narrativas en jóvenes de una comunidad desplazada^{1, 2}

Fernando Chacón Serrano³

*Si el pueblo se alza
Sin miedo ni bandos
Será una bandada
Sobrevolando
Cultura Profética*

Palabra clave:

memorias sociales, tramas narrativas,
conflicto armado, jóvenes,
comunidad, El Salvador.

Resumen

El conflicto armado de El Salvador (1980-1992) ha sido uno de los más largos y sangrientos de la historia reciente de Latinoamérica. Entre sus particularidades destaca la devastación de comunidades enteras por operativos militares que obligaron a su población a desplazarse, para luego ser reconstruidas al término de este. Ya han transcurrido 28 años de su fin formal, tiempo en el cual han emergido nuevas generaciones que no vivieron tal acontecimiento, pero que se han socializado dentro de las comunidades afectadas, en interacción con las víctimas directas (familiares y vecinos). A partir del contexto anterior, se realizó una investigación que tuvo por objetivo comprender la construcción de memorias del conflicto armado en jóvenes de una comunidad desplazada y explorar la forma en que sus memorias son un marco para interpretar las exigencias de su presente y su futuro. Mediante metodología cualitativa, se utilizaron las técnicas de relatos de vida y fotoelicitación con diez jóvenes, quienes crecieron después de 1992 en la comunidad Nueva Trinidad (Chalatenango), territorio reconstruido por exrefugiados. En general, se observa que los/as jóvenes, pese a no haber vivido la guerra, construyen memorias propias. En esa construcción emerge una trama narrativa que sigue un esquema de conflicto/guerra (bandos encontrados en cons-

- 1 El presente artículo se basa en parte de los resultados de la tesis de maestría “Construcción de memorias sobre el conflicto armado de El Salvador en jóvenes de una comunidad desplazada”, la cual fue financiada por el Proyecto FONDECYT n° 1161026 “Memorias locales y transmisión intergeneracional: estudio de caso de un barrio crítico en Santiago de Chile”.
- 2 Una versión preliminar de este trabajo fue presentada como conferencia en el Seminario Internacional de la Memoria Histórica en el Museo de Antropología “David J. Guzmán”, San Salvador, El Salvador, 2019.
- 3 Docente e investigador del Departamento de Psicología y Salud Pública de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA). Contacto: nchacon@uca.edu.sv

tante disputa), no solo en referencia al pasado, sino también al presente y al futuro. La trama se alarga más allá del fin formal del conflicto, y sigue tejiéndose hasta alcanzar su vida actual. La memoria de la guerra les permite, entonces, examinar su presente y aseverar la continuidad de esta situación bélica, aunque con otras modalidades y personajes; además les sirve como orientación ética y política en la vida, desde la cual critican el mal proceder de sus gobernantes locales. A futuro, relatan que esta memoria les servirá para saber qué hacer si se repite otra guerra como la pasada.

1. Introducción

En El Salvador, han transcurrido 28 años luego de la firma de los Acuerdos de Paz que dieron fin formal al conflicto armado que lo azotó por más de una década (1980-1992). A estas alturas, la sociedad salvadoreña vive una situación complicada que la obliga a devolver la mirada a aquel acontecimiento que le dejó serias secuelas, con más de 75,000 personas fallecidas y medio millón de desplazados. Un enfrentamiento que fue empujado por marcadas desigualdades sociales, la ausencia de una democracia real y la incesante represión estatal (Krämer, 2009).

Los protagonistas del conflicto armado, las Fuerzas Armadas en defensa del gobierno y la oligarquía, y la guerrilla FMLN, cesaron el fuego a inicios de los noventa, lo que dio paso al periodo de posguerra. En esta etapa, ambas fuerzas mantuvieron una incesante disputa por el poder político que poco bene-

ficio le trajo a la sociedad y la mantuvo en una marcada polarización. Para 2019, el país vivió otro momento histórico con la llegada a la presidencia de una persona ajena a las dos grandes fuerzas que hicieron la guerra. El nuevo presidente, joven, sin ninguna participación durante el conflicto armado, aseveró que con su triunfo se pasaba la página de la posguerra. Una afirmación provocativa, sin duda, que no fue acompañada de mayor explicación.

Tras poco más de un año del nuevo gobierno, la coyuntura actual es compleja. Pese a su discurso de renovación, las prácticas que ejecuta distan de ella, y encienden las alarmas por su tendencia a la militarización y al irrespeto a los derechos humanos. Solo en 2020 aconteció una serie de situaciones que obliga a un análisis que tenga como base la memoria del conflicto armado: el gobierno obvió conmemorar la firma de los Acuerdos de Paz,⁴ como una manifestación en pro de la desmemoria; implementó una invasión militar a la Asamblea Legislativa,⁵ tratando de usurpar atribuciones que constitucionalmente no le corresponden; la Fuerza Armada se ha negado a proporcionar los archivos concernientes a las masacres de El Mozote y lugares aledaños cometidas en 1981 durante la guerra civil,⁶ y ordenó la militarización de algunas comunidades de Chalatenango fronterizas con Honduras,⁷ territorios que sufrieron fuertes operativos del ejército para la época del conflicto armado. Y, por si esto fuera poco, este pasado de guerra también emerge con la condena histórica, en España, de uno de los

4 El 16 de enero de este año no se realizaron actos oficiales por parte del gobierno en conmemoración del 28 aniversario de la firma de los Acuerdos de Paz, lo que contrajo críticas ante la intención de minimizar una fecha trascendental para la historia democrática del país (ver Alvarenga, 2020).

5 El 9 de febrero de 2020, el presidente Nayib Bukele se tomó la Asamblea Legislativa acuerpado por militares y policías, promovido por una tensión entre ambos poderes del Estado en relación con un préstamo monetario. Esta acción ha sido catalogada por algunos como un intento de golpe de Estado y, por otros, como una estrategia política (ver Valencia, 2020).

6 Desde el mes de septiembre de 2020, el Ministerio de Defensa desobedeció una orden judicial que obligaba a inspeccionar los archivos militares para obtener insumos en la investigación sobre las masacres ocurridas en El Mozote y lugares aledaños (ver Rauda, 2020).

7 En octubre de 2020, el presidente de la República ordenó militarizar la zona fronteriza de comunidades de Chalatenango como Arcatao, Nueva Trinidad y San Fernando, con la alusión de que se trafica droga en complicidad con los gobiernos locales (ver Pineda, 2020).

perpetradores intelectuales de la masacre de los jesuitas de la UCA en 1989.⁸

Esta coyuntura convulsa incita a reflexionar sobre dos aspectos importantes. El primero remite a preguntarnos hasta qué punto, a nivel psicosocial, verdaderamente se pasa la página de la posguerra, sobre todo para aquellas personas que sufrieron en carne propia la violencia bélica. Y el segundo implica pensar sobre qué forma va tomando el proceso de “renovación generacional” en el país, es decir, el involucramiento de nuevos sujetos en la realidad sociopolítica con nuevas preguntas y dilemas, desde circunstancias diferentes que favorecen reinterpretaciones (Jelin, 2012). El actual presidente de la República es símbolo de tal recambio de actores, pero que deja serias dudas sobre una verdadera renovación de las prácticas del pasado.

En esa línea, se vuelve preciso poner la mirada en las nuevas generaciones inmersas en este proceso de relevo, con la finalidad de comprender las implicaciones del conflicto armado en sus prácticas sociales y políticas. Si bien dichos sujetos no vivieron directamente este acontecimiento, se han socializado con una generación que sí lo experimentó a distinto nivel, sobre todo, en aquellos territorios rurales donde el impacto de la guerra fue mayor, como las comunidades de Chalatenango que ahora sufren la presencia militar impulsada por el actual gobierno.

Precisamente, durante el periodo de guerra, las comunidades rurales fueron las más afectadas por fuertes operativos militares que les obligaron a desplazarse. Al término del conflicto armado, estos espacios devastados fueron repoblados por exrefugiados y excombatientes de la guerrilla, quienes reconstruyeron dichas comunidades que se mantienen hasta ahora (Krämer, 2009). Es en estos territorios donde han emergido nuevos sujetos, quienes son miembros de las comunidades, y han estado en interacción cotidiana

con víctimas directas, con instituciones trasgredidas, y con espacios que fueron escenarios de violencia en el pasado.

Ante este panorama, el objetivo del presente estudio fue comprender la construcción de memorias del conflicto armado en jóvenes de una comunidad desplazada y explorar la forma en que sus memorias son un marco para interpretar las exigencias de su presente y futuro, un ejercicio relevante si se considera que los/as jóvenes están empezando a asumir puestos de poder y a jugar un rol central en el escenario público. Ello implica que el conocimiento de sus inquietudes, deseos e interpretaciones sobre el pasado reciente puede aportar elementos para vislumbrar qué tan lejos se está de una verdadera reconciliación y reparación a nivel local y nacional, y si estas generaciones asumirán el reto de promover estas instancias en un futuro cercano.

2. Antecedentes teóricos y empíricos

2.1. El conflicto armado en El Salvador y sus secuelas en “tiempos de paz”

Si de historia se trata, El Salvador sobresale por haber vivido uno de los conflictos armados más largos y sangrientos en Latinoamérica. De 1980 a 1992, se enfrentaron dos bandos: la Fuerza Armada salvadoreña en defensa del gobierno y la oligarquía, y la guerrilla Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Este nefasto acontecimiento, como era de esperarse, afectó gravemente las distintas áreas del país, con secuelas en lo económico, lo político y lo psicosocial, de lo que destaca más de 75,000 personas fallecidas y medio millón de desplazados de su lugar de origen. Según Krämer (2009), hubo tres factores significativos que desencadenaron la guerra en El Salvador: las marcadas desigualdades sociales, la ausencia

8 El pasado 11 de septiembre de 2020, se condenó a más de 133 años de prisión al excoronel Inocente Montano, considerado uno de los autores intelectuales del asesinato de los seis sacerdotes jesuitas de la UCA y dos colaboradoras, en noviembre de 1989 (ver Gálvez, 2020).

de una democracia real y la incesante represión hacia la población, que hizo insostenible un abordaje pacífico de dichas problemáticas socioeconómicas y políticas.

Durante los años que transcurrió dicho conflicto, el gobierno recurrió a prácticas represivas contra la población civil, especialmente en la zona rural. Para Krämer (2009), el apoyo de la población, especialmente en los primeros años de la guerra, fue de vital importancia para los intereses del FMLN. Por lo mismo, en las zonas rurales controladas por la guerrilla se estableció una relación estrecha de esta con el campesinado, quien la apoyaba directa o indirectamente. Para evitar dicho apoyo, el ejército implementó acciones a dos niveles: por un lado, buscó expulsar a la población de las zonas controladas por el FMLN mediante los denominados operativos de "tierra arrasada". Estos implicaron desplegar acciones militares (ataques aéreos y terrestres) contra las comunidades civiles, y acabar con todo a su paso: tanto vidas humanas como bienes materiales, lo que obligó a la población a dejar su lugar de pertenencia, y desplazarse forzosamente hacia otros territorios dentro y fuera del país. Por otro lado, se pretendió sacar a la guerrilla a través de acciones cívico-militares y ganar, a su vez, la simpatía de la gente. Esto último se relaciona con la constante "guerra psicológica" que se sostuvo contra la población civil, con la que se buscó socavar la identidad y la autoestima, y reducir, así, al sujeto activo social y políticamente (Martín-Baró, 1990).

Los atentados contra las comunidades se mantuvieron durante todo el conflicto armado, con variaciones en la intensidad, de acuerdo a las exigencias de la situación. Krämer (2009) expone que la persecución hacia la población civil continuaba incluso en los campos de refugiados, donde se les consideraba "subversivos" por el solo hecho de proceder de zonas conflictivas. A partir de 1986, los ahora refugiados comenzaron a exigir el retorno a las zonas conflictivas contra el deseo del gobierno. Así, desde ese año hasta 1992, se dio un proceso de repoblación, con la ayuda

de organizaciones sociales, iglesias y solidaridad internacional. Este retorno, aparte de significar una vuelta al apoyo logístico de la guerrilla, también se tradujo en "un nuevo intento por promover la organización democrática autónoma de los propios habitantes" (p. 98) en los nuevos espacios a ser habitados. Mientras finalizaba la década de los ochenta, el panorama se configuró de tal manera que el diálogo entre las partes en contienda parecía ser la única forma de salida. Se inició, por tanto, un proceso de negociación, con el cual se visualizó un futuro alentador para toda la población y en especial para las víctimas directas.

El conflicto armado llegó a su fin en 1992 a partir de unos Acuerdos de Paz, bajo mediación de Naciones Unidas, donde ambas partes en pugna se sentaron para definir el cese al fuego y otras medidas de relevancia para el país. Uno de los puntos clave en los Acuerdos de Paz fue la incorporación de la guerrilla FMLN a la vida política como partido, que se sometería a procesos de elecciones como todos (Naciones Unidas, 1992). No obstante, un punto débil fue el tema económico-social, que abordara de manera profunda la desigualdad social, con lo que, según Krämer (2009), no se tocaron las causas principales que originaron la guerra. Al contrario, para entonces, el partido de derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) en el gobierno tuvo vía libre para implementar fuertes políticas neoliberales que agravaron la pobreza (Moreno, 2004).

Se inició así el periodo de posguerra, donde los problemas sociales para la población retornada no cesaron. Lamentablemente, a nivel estatal, no se realizaron acciones encaminadas a promover la justicia y la reparación social en estos sectores, a pesar de ser elementos esenciales para la reconciliación luego de lo experimentado. Por el contrario, lo que se instauró fue un discurso de "perdón y olvido" dirigido a perpetuar la impunidad de los crímenes cometidos, discurso que se ha mantenido a lo largo de la posguerra (Gaborit, 2006; Orellana, 2005).

Hay quienes estipulan que, luego de 1992, el conflicto continuó por otros medios, mucho más evidentes en lo político ideológico (Artiga-González, 2018b; Dada, 2007). De allí que la situación se caracterice como una “guerra ideológica”, representada por un discurso oficial que impone una narrativa de desmemoria, bajo los lemas de “perdón y olvido” o “borrón y cuenta nueva”. Su cometido ha estado en función de negar, distorsionar, encubrir y justificar los crímenes perpetrados en distintos sectores (como en las comunidades antes descritas), con el fin de mantener control social e impunidad (Orellana, 2005).

Pese a este contexto desalentador, las comunidades rurales afectadas por el conflicto armado, como aquellas ubicadas al noroeste de Chalatenango, se han mantenido en un constante proceso de resistencia (Lara Martínez, 2018). A nivel nacional, municipios tales como Arcatao, San José Las Flores, Nueva Trinidad, entre otros, han destacado por un alto nivel organizativo y un bajo índice delincencial (Alvarado, 2015), logros adjudicados a las experiencias ganadas durante la guerra. No obstante, se han seguido manteniendo secuelas de ese pasado a nivel socioeconómico. Para dar un ejemplo, según el mapa de pobreza, el municipio de Nueva Trinidad se ubicaba en situación de pobreza extrema alta para 2005 (no se identifican datos más actuales de estos territorios) (FISDL-FLACSO, 2005). Además, presenta un flujo significativo de migración irregular hacia Estados Unidos, dinámica que caracteriza a varios de los municipios del departamento de Chalatenango (Gaborit *et al.*, 2012).

Por la misma historia de estas comunidades, la mayoría de población adulta tuvo alguna vinculación con el conflicto armado, ya sea padeciendo las dificultades de los enfrentamientos sin ser parte activa, o siendo combatiente de las fuerzas guerrilleras. Sus experiencias pasadas les han empujado a mantener un apoyo constante al partido político FMLN a nivel nacional y local. Para el caso de Nueva Trinidad, la alcaldía de tal

municipio ha estado en manos del FMLN con un nivel de votación que no ha bajado del 68 % desde 2012. En 2018, se obtuvo un 76.52 % de votos a favor de este partido político (TSE, 2018), resultado que lo mantiene con la gestión de la alcaldía actualmente.

Pese al nivel de popularidad del partido FMLN, en los últimos años han emergido llamativos conflictos políticos en estas localidades, particularmente en San Antonio Los Ranchos, donde por primera vez, luego de la guerra, el gobierno local fue asumido en 2015 por un partido distinto al FMLN. A la base de lo anterior, hay un descontento por la imposición de candidatos desde la cúpula del partido, poca escucha a las bases y señalamientos de corrupción. Llama la atención que, de acuerdo con Rauda Zablah (2019), quienes han promovido este cambio en términos políticos han sido jóvenes, descendientes de exguerrilleros, que evidentemente no tuvieron una participación en el conflicto armado. Lo anterior remite a las observaciones de Artiga-González (2018a) sobre el inicio de una movilización política de por parte de una generación joven, por debajo de los 40 años. Dicho colectivo promovería una transformación del sistema de partidos en el país, a través de la emergencia de “nuevas expresiones partidistas”.

Precisamente, a más de 28 años del fin formal de la guerra, la emergencia de una nueva generación es evidente. De acuerdo al *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2018*, los Acuerdos de Paz en 1992 no solo implican el inicio de un cambio político hacia la democracia en el país, sino también es un “parteaguas generacional”, ya que las personas que nacieron alrededor de esta fecha se convierten “en la primera generación del postconflicto que ha crecido y vivido esas condiciones políticas, económicas y sociales de manera plena”, quienes ahora tienen entre 15 y 29 años (PNUD, 2019, p. 66).

Se puede hablar, entonces, de al menos dos generaciones interactuando en la sociedad salvadoreña, aquella que vivió directamente el conflicto armado y todas sus implicaciones,

y aquella que nació después y ha experimentado sus secuelas. Su delimitación iría más allá de las fechas, pues, siguiendo a Mannheim (1993), la generación es un colectivo de individuos que se conforma como unidad social, más allá de su coincidencia cronológica, por su incorporación en un marco sociohistórico específico, con experiencias sociopolíticas compartidas y formas similares de pensamiento. Si pensamos en El Salvador, hay un colectivo de individuos que nació luego del conflicto armado, ha experimentado el proceso de reconstrucción del país, sumado a otras dinámicas sociopolíticas como la instauración del modelo neoliberal, lo que les diferencia de generaciones previas.

Precisamente, la mirada en las generaciones nos lleva a advertir lo que Jelin (2012) identifica como "renovación generacional": aquel involucramiento de "nuevos sujetos que se acercan a su realidad sociopolítica en circunstancias diferentes y plantean preguntas y dilemas que llevan a reinterpretaciones y resignificaciones" (pp. 16-17). Bajo la luz de estas consideraciones, se hace claro el argumento de Arias y Roa (2015) cuando reflexionan que los efectos de un conflicto armado, en su caso el colombiano, tienen un plano intergeneracional, por lo que los distintos abordajes desde nociones como justicia, reparación y memoria deben de asumir dicha perspectiva. De ahí la necesidad de poner sobre la mesa el tema de memoria del pasado reciente desde una mirada local, pero también intergeneracional.

2.2. Construcción de memorias sociales desde las comunidades

Si nos avocamos al sentido común, o a las nociones tradicionales de memoria, sostendríamos que esta es un fenómeno psíquico que consiste básicamente en retener, almacenar y evocar información de diferentes elementos de una experiencia pasada. Asimismo, que dicho proceso psicológico sería propiedad del individuo que lo ejerza, y que de él dependería la calidad y la cantidad de información memorizada (Vázquez, 2001). No

obstante, la memoria tiene una complejidad mayor, que trasciende el plano individual y estático, lo que pone de manifiesto características propias de un fenómeno social e histórico.

Se puede definir la memoria social como aquel proceso y producto que construye narrativamente el pasado, desde el presente, para darle sentido, y que esa construcción es condicionada por el contexto social e histórico de dicho presente (Vázquez, 2001). Tómese en cuenta que la construcción implica algo distinto a la simple repetición, pues la versión de ese pasado que se recuerda varía de acuerdo al presente y a las relaciones sociales existentes. Para ser específicos, el presente, y no el pasado, es el lugar de la memoria, desde donde se construye, con la consideración de las condiciones sociales e históricas de ese presente. Justamente, tiene un carácter social, ya que, gracias a la acción colectiva de las personas, esta llega a ser proceso y producto de significados compartidos en un espacio de intersubjetividad. Las memorias, como dice Jelin (2012), no son un fenómeno estático y lineal, sino que se caracterizan por ser abiertas, plurales y tienden a estar en constante disputa con otras; es decir, están vinculadas a relaciones sociales de poder.

Lo complejo y dinámico de igual forma se evidencia en su relación no solo con el pasado o el presente, sino también con el futuro. Como Vázquez (2001) bien lo plantea, la articulación que promueve la memoria con el pasado y el presente, a partir de construir y resignificar los acontecimientos, confiere continuidad a la realidad social. Pero no se queda allí. Hay también una proyección a futuro que se construye gracias a los aportes de la articulación del pasado y presente. Jelin (2012), desde los aportes de Koselleck (1993), refuerza esta idea cuando expone que hay expectativas de futuro configuradas en el presente, que también condicionan las experiencias y la memoria misma. Estaríamos hablando, pues, de "pasados presentes" y "futuros presentes", precisamente, porque "en ese presente donde el pasado es el espacio de

la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana” (pp. 46-47), entre ellas el hacer memoria.

Por otro lado, el lenguaje es constitutivo de la memoria, y le proporciona su dimensión social, pues este permite la articulación de las relaciones sociales, desde las cuales se construye la memoria misma (Vázquez, 2001). Como práctica social ofrece, entonces, un sistema dialógico, semántico y pragmático que da sentido al pasado, a partir de un proceso de construcción desde las relaciones sociales (intersubjetividad) que a su vez conecta (Vázquez, 2005). En esa línea, Piper (2002 citada en Dobles, 2009), considera que la forma superior del recuerdo es la narración, con lo cual la memoria puede ser caracterizada como una narración que propicia la experiencia de continuidad de los acontecimientos a través la conexión de estos de forma discursiva y argumentativa.

La continuidad de la realidad social, que permite la articulación de pasado, presente y futuro, gracias al proceso de construcción de memoria, tendría como elemento vital el lenguaje, que posibilita tejer todo un entramado de significados producidos en las relaciones sociales presentes, en torno a un acontecimiento pretérito, con la dependencia del contexto sociohistórico. Ese tejido, que también podemos llamar trama, se expresa en forma de narración, “convirtiéndose en la *manera en que el sujeto construye un sentido de pasado*, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia” (Jelin, 2012, p. 60).

En una narración, los elementos que la componen siguen una determinada lógica, un orden más o menos coherente que les da sentido. De ello se desprende la noción de trama, vista como un conjunto de combinaciones a través de las cuales lo que aconteció se vuelve historia (Ricoeur, 2000). De allí que dicha combinación incluya, justamente, escenarios, personajes, actos, entre otros, que posibilitan la constitución de una narración (Cornejo *et al.*, 2013). Dicha construcción de

narraciones del pasado no está exenta de una conflictividad que repercute en las relaciones sociales desde las que se realiza dicho acto. Justamente, “la capacidad de articular narrativas de lo que pasó será un elemento crucial en la definición de convivencias posibles en el ámbito social” (Dobles, 2009, p. 134).

A propósito de la convivencia, el espacio relacional desde el cual se recuerda es un elemento importante. Para el caso de El Salvador, como ya se expuso, las comunidades rurales tienen una particularidad, ya que fueron los territorios más afectados en el marco del conflicto armado. Las comunidades de las cuales se ha venido hablando, como colectivos sociales, están ancladas a un territorio, y guardan una historia similar de graves experiencias de violencia. Para Silva (2014), el territorio no surge de forma natural, más bien es una construcción física y social de los sujetos. El espacio se hace propio, y con ello se definen límites físicos y simbólicos guiados por los objetivos de la colectividad. No obstante, el territorio también está impregnado por dinámicas de poder, donde se riñen intereses, información y jerarquías. Silva expone que “los límites de ese nosotros (constituido en el territorio comunitario) están materializados desde un momento originario, a partir de un acontecimiento que hace las veces de mito fundacional” (p. 26), ya que esa idea remite a las interpretaciones de las comunidades sobre su origen, el cual está atravesado por el conflicto armado, en el caso de El Salvador.

Habría, entonces, particularidades en el proceso de memoria en comunidades ancladas a un territorio, donde se tejerían narrativas del pasado que dan sentido a lo acontecido en dicho espacio. Con esto no se descartan tensiones con narrativas hegemónicas, vinculadas a un discurso oficial con tendencias homogeneizadoras; de allí que la memoria aparezca como un elemento de resistencia enfocado “en la reconstitución de un pasado social y políticamente necesario para el presente” (Silva, 2014, p. 28). Esto se relaciona con la exposición de Jara (2013),

en una revisión del trabajo de Elizabeth Lira. Ella establece que los recuerdos políticos de eventos como la dictadura militar conllevan a la constitución de una memoria política que une a una comunidad que recuerda, pero cuyo rasgo característico es que lo hace en oposición a otros, en una dinámica de amigos y enemigos. Bajo esta relación, se crea una dinámica donde comunidades políticas (no necesariamente ancladas a un territorio) transmiten ritualmente la memoria, aunque el significado de esta posiblemente sea limitado fuera de dicha comunidad.

Planteado así el fenómeno de la memoria, queda clara su complejidad, dinamismo y relevancia para la realidad social. Sin duda, interpela sobre las dinámicas que se están dando en El Salvador a propósito de su conflicto armado, considerando que ya han transcurrido más de dos décadas de su terminación oficial, lo que no significa que deje de aparecer en el presente y se relacione con el futuro. Pensar este tema en función de las particularidades ahora existentes es relevante, lo que queda más en evidencia si nos hacemos la siguiente pregunta: “cuáles son las continuidades y las rupturas que han ocurrido entre los regímenes dictatoriales y los regímenes constitucionales que los sucedieron, en función de la vida cotidiana de distintos grupos sociales (y comunidades) y de las luchas sociales y políticas que ocurren en el presente” (Jelin, 2012, p. 38). En el presente salvadoreño, entre esos grupos se encuentran aquellos individuos que, sin haber vivido directamente la guerra civil, se encuentran inmersos en ese proceso de continuidades y rupturas que caracterizan el periodo de posconflicto.

2.3. Jóvenes, comunidad y memorias: recordar el conflicto que no se vivió

Los acontecimientos violentos, como dictaduras y conflictos armados, establecen un antes y un después en la vida de las sociedades. En ese “después”, nuevos individuos nacen y se socializan con las consecuencias que ello conlleva. Si nos ubicamos

en el caso salvadoreño, los individuos son niños/as y jóvenes que no pasan de los 28 años y, aunque no vivieron el conflicto armado directamente, sí han vivido sus repercusiones y otras situaciones coyunturales también violentas. Una de ellas es la instauración de fuertes políticas neoliberales, las cuales, de acuerdo con Gaborit (2005), promovieron actitudes egocéntricas en la niñez de la década de los noventa, sumado a un desinterés en relacionarse colectivamente para desplegar acciones conjuntas en función de la superación de la marginalidad. En esa línea, Castro (2007) describe una situación parecida en Argentina, donde las instituciones sociales que intervienen en la socialización y configuración del sujeto, también se vieron afectadas por tales políticas en los noventa. Según ella, esto ha llevado a que los jóvenes tengan mayor desconfianza en lo público, menor participación social, instrumentalización de las relaciones sociales, y condicionamientos a su proceso de memoria del pasado reciente.

Para el caso salvadoreño, el *Informe de Desarrollo Humano del PNUD* (2019) refleja que son las personas jóvenes quienes menos participación política electoral tienen en El Salvador, así como menor confianza en los partidos políticos, además de tener menos participación en la resolución de problemas en su comunidad. Lo anterior se traduce en que la juventud muestra un rechazo a las formas tradicionales de hacer política, pero no necesariamente un desinterés a los problemas sociales. Lo que enciende las alarmas es que, pese a que la juventud salvadoreña tenga una mejor apreciación de los Acuerdos de Paz considerado como un pacto bueno o muy bueno, es esta misma población la que tiene un menor nivel de apoyo a la democracia. Y, lo que es peor, presenta un mayor nivel de apoyo a golpes militares, en comparación con la población de más edad (Córdova *et al.*, 2017). Vale mencionar, entonces, que el desencanto por la política tradicional no se direcciona hacia una mayor democracia necesariamente, lo que preocupa al traer a cuenta las acciones poco democráticas del gobierno

actual con alto nivel de popularidad, entre ella joven.

Bien comenta Dada (2016) que los problemas de la generación de posguerra en El Salvador son diferentes y urgentes en comparación con las otras generaciones. Sumando al fenómeno de la violencia social, la juventud experimenta dificultades educativas y económicas: la población joven que no trabaja ni estudia asciende a 497,699 personas a nivel nacional, lo que corresponde al 26.9 % de esta población. Este fenómeno es mayor en la juventud en zonas rurales (32.6 %), más que las urbanas (23.1 %) (DIGESTYC, 2019). Lo anterior da sentido a la clasificación que hace el PNUD (2019) de la juventud rural, como uno de los cinco grupos de jóvenes que requieren atención especial en las políticas públicas para una garantía plena de sus necesidades y derechos. En 2017, el índice de desarrollo humano de la juventud rural fue 5.5 % inferior al de la población joven urbana.

Si traemos a cuenta que la memoria es la construcción intersubjetiva en forma de narración de un pasado, y que es condicionada por el contexto sociohistórico del presente, estas nuevas generaciones tendrían participación en la configuración de dicho pasado, gracias a un proceso de transmisión en forma dialógica (Reyes *et al.*, 2015). Evidentemente, su posición social, y las particularidades del contexto que les ha tocado vivir dotaría también de una particularidad a su narración del pasado violento. Distintas investigaciones en Chile, a propósito de la dictadura, dan luces de esta dinámica. Se identifica, por ejemplo, que los más jóvenes resaltan la importancia de revisar y aprender del pasado violento, además de sumarse a la condena por las violaciones de derechos humanos, independientemente de su ideología política (Arnosó *et al.*, 2012; Cornejo *et al.*, 2013). Asimismo, generan nuevos discursos y prácticas con la narración del pasado como referente de acción del presente (Reyes *et al.*, 2015). Además, pueden experimentar un “estigma familiar”, el cual crea escenarios de vergüenza y miedo, y al

mismo tiempo de orgullo; no obstante, hay una necesidad de buscar huellas de reconstrucción de su pasado, pero diferenciándose de sus antecesores. Es característico, por ejemplo, su forma de mantener la memoria distinta a la idea de militancia y organizaciones políticas (Jara, 2016).

En el caso de El Salvador, Voigtländer (2016) aborda las memorias de jóvenes hijos/as de exguerrilleros en el norte del departamento de Morazán. A la hora de hacer memoria, los discursos de los/as jóvenes están caracterizados por una fuerte idealización de la guerrilla y su lucha armada, condicionados a su contexto que les provee de relatos familiares y comunitarios de manera abundante. Aunque el énfasis no está puesto en lo territorial, deja al descubierto que no es lo mismo recordar desde y sobre una comunidad que fue afectada, donde en lo cotidiano hay una fuente constante de relatos y marcas que narran sobre lo acontecido durante el conflicto, que hacerlo en contextos donde el daño fue menor y las marcas de ese pasado son menos evidentes.

En esa línea, González *et al.* (2019) identificaron que los jóvenes pertenecientes a la comunidad de Arcatao, en Chalatenango, descendientes de excombatientes de la guerrilla, usan las memorias de la guerra para interpretar la realidad de violencia social, de manera diferente a jóvenes que habitan en la capital. Este juego pasado/presente les permite vislumbrar que la violencia del presente tiene raíces estructurales e históricas, por lo que no puede erradicarse el problema solo con medidas superficiales. No obstante, llama la atención que, a pesar de que esta comunidad esté libre de violencia delictual, en los jóvenes de Arcatao ha habido una transmisión del miedo del pasado, señal de las secuelas intergeneracionales por el daño psicosocial de la violencia de guerra.

Todo este recorrido por la construcción de memorias de las nuevas generaciones refleja que la vivencia indirecta de la guerra no es condición para no verse afectado, interpelado por un pasado que les condiciona de alguna

manera. De allí que llevar a cabo este proceso de construcción de memorias implique darle sentido a ese pasado, a lo que le pasó a su familia, su comunidad y su país, a través de sus relatos mezclados de historia personal y social. Y no solo eso, también puede ser considerado como un proyecto ético-político, en la medida en que impulse la reflexión sobre el aprendizaje del pasado y lo que no debe de repetirse.

3. Método

3.1. Tipo de estudio

El presente estudio se realizó mediante una metodología cualitativa, siguiendo una lógica exploratoria y comprensiva (Canales, 2006). Con dicha metodología se buscó profundizar, asumiendo la importancia de lo cotidiano, en la comprensión del sentido subjetivo que dichos sujetos otorgan al pasado reciente; además de conocer el orden de significados que se ha estructurado intersubjetivamente en ese recordar a lo largo de su vida.

3.2. Participantes

El estudio se realizó en la comunidad Nueva Trinidad, perteneciente al departamento de Chalatenango, en la zona norte de El Salvador. Nueva Trinidad es un municipio rural y se caracteriza por ser una comunidad altamente afectada por la guerra, que en su

tiempo experimentó un constante asedio de los cuerpos represivos del Estado. Durante 1981 y 1982, la comunidad fue víctima de los operativos de “tierra arrasada”, que obligó a sus pobladores a desplazarse forzosamente a otros lugares dentro y fuera del departamento (Audiovisuales UCA, 2005).

El perfil de los participantes se definió a partir de cuatro criterios de selección, los cuales fueron edad, género, lugar de pertenencia y participación familiar en el conflicto armado. Mediante un muestreo dirigido o intencional (Hernández Sampieri *et al.*, 2016), se obtuvo una muestra de diez jóvenes, cinco mujeres y cinco hombres, quienes nacieron y crecieron en la comunidad de Nueva Trinidad entre los años 1993 y 2000, con una edad promedio de 19 años, una mínima de 16 y una máxima de 23 años. Ninguno vivió directamente el conflicto armado de El Salvador, el cual llegó a su fin oficialmente el 16 de enero de 1992. Cinco de ellos, dos hombres y tres mujeres, fueron jóvenes con familiares que tuvieron una participación directa en el conflicto armado (formando parte de la guerrilla) y cinco jóvenes, dos mujeres y tres hombres, con familiares con participación indirecta (sin participación en la guerrilla, pero afectados por el acontecimiento) (ver tabla 1). Vale decir que a cada participante se le asignó un nombre ficticio, que garantiza el anonimato y la confidencialidad, además de favorecer la identificación de matices en las memorias de cada uno/a de ellos/as.

Tabla 1. Distribución muestral por criterio de selección

PFD*	Edad	PF**	Edad
Gisela	16	Marcela	19
Adriana	16	Laura	19
Sergio	20	Luis	19
Verónica	22	Manuel	21
Roberto	23	Alejandro	21

*Participación familiar directa

**Participación familiar indirecta

La cantidad de participantes siguió el principio de saturación del discurso (Canales, 2006), lo que se tradujo en que, en la medida en que el objeto de estudio fue abordado de forma completa gracias a la producción de información, y se generó una redundancia de la misma, se suspendió el aumento del número de participantes. Por lo mismo, al principio se había estipulado trabajar con ocho participantes; no obstante, se vio la necesidad de agregar dos más (Laura y Alejandro), con lo que se alcanzó la saturación del discurso.

3.3. Técnicas de producción de datos

Se hizo uso de la técnica de relatos de vida, la cual fue acompañada por la herramienta de fotoelicitación. Según Cornejo *et al.* (2008), esta técnica “debe ser considerad[a] como el estudio del modo en que un fenómeno se constituye biográficamente en la forma del individuo” (p. 33), es decir, sobre el lugar que ha ocupado un hecho en la historia de vida de este. Así, a partir de sus relatos, se inició un proceso de construcción de su “historia del conflicto armado” que promovió un ejercicio de memoria. Gracias a las características de la técnica que facilita trabajar de manera personalizada con los individuos, se pudo ahondar en aspectos personales, íntimos, afectivos y familiares que tuvieron vinculación con la memoria del acontecimiento violento, elementos que resultan difíciles de ser tratados con herramientas grupales.

Los relatos de vida fueron acompañados por la técnica fotoelicitación, la cual implica insertar fotografías en la entrevista con los participantes, con el fin de evocar información, sentimientos y memorias que con la simple entrevista no aparecerían (Harper, 2012; Hogan, 2012). En este caso, su uso en los relatos de vida en jóvenes favoreció procesos de memoria más profundos, que no hubiesen sido logrados con la simple entrevista narrativa. Lo anterior ha sido evidenciado también en la investigación realizada por Voigtländer (2016) en El Salvador.

La implementación de la técnica de investigación se basó en el diseño metodológico construido en el trabajo de Cornejo *et al.* (2013) sobre historias de la dictadura militar chilena desde voces generacionales. Así, el relato de vida de cada participante se construyó a partir de dos sesiones de entrevista, mediante el siguiente procedimiento: en el primer encuentro, se estableció el encuadre con el participante, y se inició la construcción del relato de su historia del conflicto armado. Para ello, se utilizó la consigna inicial: “Cuéntame tu historia del Conflicto Armado”, la cual fue acompañada de preguntas de profundización. Para la siguiente sesión, se solicitó la selección de fotos con la consigna: “Te pido el favor de traer de tres a cinco fotos, que te sirvan para contar tu historia del conflicto armado a personas dentro y fuera de tu comunidad”. En el segundo encuentro, se continuó con la construcción del relato de vida, se profundizó en temas pendientes, y se hizo uso de fotoelicitación. Todas las fotografías utilizadas por los/as jóvenes fueron de su propiedad.

3.4. Procedimiento

El proceso investigativo se dividió en tres grandes etapas. En la primera, se construyó el problema de investigación y se hizo una revisión teórica. Además, se definió todo el diseño metodológico, consistente en la definición del perfil de los participantes, la elaboración de las pautas para los relatos de vida y la fotoelicitación, y la planificación del trabajo de campo, con la respectiva gestión de contactos.

Como segunda etapa, a finales de 2016 e inicios de 2017, se realizó el trabajo de campo en la comunidad Nueva Trinidad. La inmersión al terreno y acercamiento a los/as participantes se hizo a través del contacto de un informante clave originario del lugar. Se realizaron cinco visitas a la comunidad, todas acompañadas por la persona contacto. Durante toda la investigación, se respetaron las normas éticas. De cada participante, se obtuvo la firma de un consentimiento y asentimiento informado, y se

garantizó la confidencialidad y el anonimato asignándoles nombres ficticios. Además, se compartió una copia de la transcripción de las entrevistas, la cual podían revisar y solicitar modificaciones al contenido.

Las transcripciones de los relatos de vida fueron ingresadas al *software* para análisis cualitativo ATLAS.ti. El análisis de los datos se realizó mediante análisis narrativo temático y estructural (Bernasconi, 2011). Además, se siguió una lógica singular (intracaso), que permitió el abordaje de cada relato de vida por separado, y transversal (intercaso), con lo cual se construyeron ejes analíticos temáticos emergentes propios de la diversidad de los datos (Cornejo *et al.*, 2008).

4. Resultados y discusión

En términos generales, el hacer memoria de los/as jóvenes es un proceso complejo, condicionado por el contexto social e histórico (Vázquez, 2001), que en su caso remite a haber nacido después del conflicto armado y habitar un territorio gravemente afectado durante este acontecimiento. La construcción de memorias es posible gracias a la interacción cotidiana con distintas fuentes de relato presentes en su cotidianidad comunitaria, entre las que destacan la familia, los vecinos, ciertos lugares de memoria (la plaza y los murales), las conmemoraciones, entre otros.

Con aquellas personas que vivieron la guerra se establece una dinámica de "dialogía intergeneracional" (Reyes *et al.*, 2015), en la cual los/as jóvenes demuestran tener participación: entran en acuerdos, preguntan, dudan, cuestionan. La trasmisión no implica la mera repetición, más bien ellos ponen de sí, participan activamente, lo que desemboca en la construcción de memorias propias.

En este proceso emerge el contenido de sus memorias, el cual relata sobre personajes, hechos, disputas, espacios y temporalidades, y que en conjunto forman tramas narrativas (Cornejo *et al.*, 2013; Ricoeur, 2000). Tales tramas versan sobre el pasado de guerra, pero van más allá e incluyen la posguerra. A

grandes rasgos, en sus memorias se identifica la emergencia de dos grandes tramas: a) una que trata sobre el origen del conflicto armado y su continuidad en el presente y el futuro; y b) otra que habla sobre los sobrevivientes del conflicto armado (sus familiares y vecinos) y de las secuelas que este trajo.

En este artículo solo se aborda a detalle la primera trama, dadas sus complejidades e implicaciones a la luz de El Salvador actual. A través de ella, la mayoría de jóvenes concuerda en narrar que la guerra se originó por la injusticia social hacia "los pobres" ("los campesinos", "el pueblo", "la gente"), provocada por quienes ostentaban el poder político y económico en ese entonces ("los empresarios", "el gobierno", "los ricos"). Dichos "pobres" ven como única alternativa arrebatar ese poder de manera armada, luego de agotar la protesta pacífica. Allí emerge el personaje de "la guerrilla", quien combate para tomarse el poder y cambiar la situación hacia un bien común, y "el ejército", quien trata de impedirlo. Es decir, dos bandos con objetivos opuestos, enfrentados mediante el uso de las armas.

La guerra surgió porque los pobres... se estaban como quejando, porque dice ella [su mamá] que en las fincas les pagaban poquito, (...) y siempre los ricos les robaban a ellos como pobres... (Verónica, 22 años).

[La guerrilla] quería destronar a la gente que estaba en el poder del país en ese momento, y ya que llegara alguien y que ejerciera el poder, ya que hubiera un bien en común... (Sergio, 20 años).

Esta trama, que expuesta de manera resumida parece simple, tiene varios aspectos que precisan ser discutidos. El más significativo de ellos es que este esquema de guerra-conflicto, de bandos en constante disputa, aparece en la narración de los/as jóvenes no solo en el pasado, sino también en el presente y el futuro. Es decir, la trama se alarga más allá del fin formal del conflicto armado y sigue tejién-

dose hasta alcanzar la vida actual de los/as jóvenes. Habría en ellos un claro reflejo de la ruptura con la linealidad de los tiempos, con que se caracteriza a la memoria de una forma tradicionalista. El recuerdo de la guerra no queda relegado a un pasado lejano e inocuo; por el contrario, emerge constantemente en el presente de esta población, y con él buscan dar sentido a sus vidas personales y sociales actuales, y a sus proyecciones hacia el pasado y el futuro. Tal situación, la presencia del esquema de guerra en los tres tiempos, precisa ser profundizada a continuación.

4.1. La guerra del pasado

De acuerdo a la narración de los/as jóvenes, no hay una marcada pluralidad sobre versiones del origen de la guerra. La trama lleva una misma línea, solo trastocada por las narraciones de tres jóvenes. Esta configuración se comprende por el significativo condicionamiento de su comunidad, este territorio repoblado por personas que formaron parte de uno de los bandos: pobres, campesinos, refugiados y guerrilleros. Hay una homogeneidad en la comunidad que recuerda, lo que favorece la emergencia de una versión sostenida por los/as jóvenes. Distinto sería si en la comunidad habitaran personas que formaron parte del otro bando, como excombatientes del ejército, quienes podrían ofrecer versiones distintas. Como no es así, dentro de Nueva Trinidad, la disputa por cuál versión del pasado es la verdadera aparecía poco, más bien estaría dirigida hacia el exterior.

Lo anterior da sentido al rechazo que los/as jóvenes manifiestan hacia el ejército, la gente con poder económico y la derecha política. En sus memorias, estos personajes (uno de los bandos) provocaron sufrimiento a la población civil y, en concreto, a sus vecinos y familiares. En términos generales, lo que vemos aquí es la configuración de un gueto de la memoria (Jara, 2013). Nueva Trinidad no solo se delimitaría como comunidad en términos físicos, sino también por la narrativa del pasado de guerra que es transmitido a las nuevas generaciones y que cobran sentido en ese espacio. Si bien la propuesta de Lira

(revisada por Jara, 2013) habla de una comunidad política, sin un anclaje territorial como esta que nos ocupa, ofrece elementos para pensar que en Nueva Trinidad la experiencia colectiva de violencia política propició la cohesión de quienes la experimentaron, los familiares y vecinos como los “amigos”, y ha favorecido el sostenimiento de una narración homogénea del origen del conflicto armado. Todo esto, justamente, en oposición a otros: el “ejército”, “los ricos”, “la derecha”, como los “enemigos”.

Ahora bien, que la trama del origen del conflicto armado tenga estas características no se traduce, por parte de los/as jóvenes, en una repetición pasiva de lo transmitido. En otras palabras, aunque en su comunidad circule una misma versión, sus narraciones ofrecen destellos de ruptura con tal guetificación. El carácter activo de la construcción de memorias sale a relucir, al menos, en tres elementos: el desconocimiento de las causas del conflicto armado y de sus actores principales, por algunos jóvenes; las valoraciones positivas y negativas hacia la firma de los Acuerdos de Paz; y las dudas hacia la guerrilla como figura heroica. Dichos matices y novedades pueden traer consecuencias inevitables en el orden social vigente de la comunidad, las cuales afecten la convivencia social, por un lado, o que favorezcan el diálogo intergeneracional en función de acciones políticas efectivas en pro del bienestar comunitario.

4.1.1. Memorias confusas y desconocimientos del pasado

El primer punto remite al desconocimiento que tres jóvenes aseveran tener sobre el origen de la guerra, y a otras versiones que ofrecen de esta. Gisela y Adriana, por ejemplo, creen que el conflicto armado inició por las disputas fronterizas entre El Salvador y Honduras. Un conflicto entre países que, según suponen, todavía continúa por la lucha de una isla entre los límites de ambas naciones. Tampoco manifiestan tener seguridad respecto a los bandos en contienda. Se menciona a El Salvador y Honduras, y se les combinan con el FMLN y ARENA. A veces se

menciona a uno de los bandos como el que ayudaba a los pobres, y a otro como "los más malos". Incluso, en ocasiones no tienen un nombre concreto, y se remiten a alguno de los bandos como "ellos", sin especificar quién, como lo hace Marcela.

Supuestamente la FPL era uno, pero que era dominado por... no sé si por El Salvador o Honduras, pero... si... el FMLN era uno... ya ellos sí tenían su ideología, su pensamiento, y ARENA como que tenía otro... y siguen todavía esas dos ideologías (Gisela, 16 años).

Más allá de valorar estas memorias en términos de veracidad, lo relevante es escudriñar en sus implicaciones relacionadas con la comunidad y a la familia. El desconocimiento que ellas reconocen dificulta comprender cuál era el rol que jugaron sus familiares o vecinos en ese pasado, y sobre las razones por las que formaron parte de uno de los bandos. Distinto a otros jóvenes, a quienes el desconocimiento o la incompreensión del pasado reciente solo tendría consecuencias en su rendimiento académico, por ejemplo, para estas jóvenes conllevaría afectaciones personales y familiares significativas. Por el momento, no podrían contestar preguntas sobre por qué su padre, tía, abuelos optaron por participar en la guerrilla o fueron víctimas de hechos de violencia: ¿qué pelearon?, ¿para qué?, ¿fue justo o no? En ese sentido, la herencia del pasado que inevitablemente les incumbe les generaría tensión o confusión, y su reacción natural sería el rechazo o la evitación.

Lo anterior es llamativo, principalmente, porque estamos hablando de jóvenes que han crecido en una comunidad que enfatiza hacer memoria de la guerra. Las razones sobre el desconocimiento y estas otras versiones pueden estar relacionadas con la edad, por un lado, al menos en Gisela y Adriana que son las más jóvenes con 16 años. Pero, por otro lado, se puede interpretar que ellas han estado expuestas, mayormente, a lo conmemorativo y testimonial dentro de la comunidad y de sus familias. Sus fuentes de relato

ofrecen de manera marcada un acercamiento a narraciones sobre desplazamiento, masacres, refugio, más que sobre el marco histórico en que se dieron esas vivencias. En casos como Roberto, Verónica y Sergio, se identifica que sus familiares han jugado un rol importante para la comprensión de lo que llevó al inicio y desarrollo del conflicto armado, aparte de compartirles sus testimonios. A ellos se les ha facilitado, de mejor manera, un marco más amplio en el cual ubicar dichas experiencias familiares.

Aquí vemos la relevancia en el proceso de memoria de la transmisión y las fuentes de relato, entre las que destacan para estos jóvenes la familia, la escuela y la comunidad. Van Alphen (2006), en su trabajo sobre hijos de sobrevivientes del Holocausto, estipula, precisamente, que la memoria de esta población es el resultado de "un proceso de transmisión, de combinar el conocimiento histórico y las memorias de otros" (p. 486). Este planteamiento es sugerente para el caso que se discute, ya que el acercamiento a dicho conocimiento histórico podría ser menor en las jóvenes, contrario a la extensión que presentan sus memorias de experiencias familiares.

Es más, siguiendo a Van Alphen (2006), si la familia como fuente de relato ofrece una narración intensamente emocional que se vuelve caótica, los hijos difícilmente integran en un orden simbólico coherente e inteligible lo relatado, lo que promueve, a su vez, una narración poco coherente. ¿Cómo se puede sostener un conocimiento adecuado de la guerra, si la fuente principal (la familia) no funciona por el trauma y lo que se transmite son elementos fragmentados y desordenados del pasado? A esto se suma que, de acuerdo a los/as jóvenes, la escuela en su comunidad muestra deficiencias sobre el abordaje de un evento tan significativo y reciente. Ya lo dice Dada (2016): "el currículo educativo salvadoreño tiene un capítulo pequeño sobre la guerra, y es estudiado básicamente como un evento efímero" (p. 22).

Sin ánimos de forzar la situación, lo anterior puede servir para alertar sobre el sesgo a lo conmemorativo y testimonial en el que podría caerse en la comunidad, donde se deje de lado ofrecer un marco reflexivo a eso que se conmemora, y no dar por supuesto que todos lo saben. Habría que procurar un abordaje que considere esta necesidad de trabajar el conocimiento sobre el conflicto armado, especialmente en los más jóvenes. Es una manera de prevenir, precisamente, abusos de la memoria, con una repetición ritual de que “no hay que olvidar” (Todorov, 2000), sin reflexionar críticamente sobre el pasado y lo que ocurre en el presente.

Quedarse solo en el plano conmemorativo traería consigo ciertos riesgos: si asumimos, de acuerdo a Jara (2013), que “el sufrimiento también puede generar formas de acción política” (p. 4), esta se vería minada en los/as jóvenes, imposibilitados en poner en contexto el sufrimiento de sus familiares y vecinos, y al cual ellos se conectan empáticamente. Resultaría difícil exigir justicia por crímenes sufridos si no se sabe que lo sufrido por ellos fue injusto. Por ejemplo, ¿podría Marcela tener el impulso de exigir justicia por la desaparición de su abuelo si no conoce el marco bajo el cual atentaron contra él? Esta tendencia reduciría el componente político de las memorias, y en concreto de las causas políticas por la represión y muerte de tantas personas durante la guerra. Ya lo advierte Lira (2011) para Chile, donde la memoria colectiva sigue siendo una memoria de la tragedia y de la muerte, con lo cual “ese recuerdo puede quedar atrapado por el deber de conmemorar una tragedia, a riesgo de olvidar el sentido de la vida de quienes murieron en estas circunstancias” (p. 126).

En esa línea, no es menor que las emociones de enojo hacia “los poderosos” aparezcan en los/as jóvenes que muestran un manejo más amplio del origen del conflicto armado. Esa indignación podría interpretarse como un preámbulo a la acción política, contrario a emociones vinculadas a la tristeza en otros jóvenes. Esto quiere decir que,

cuando los/as jóvenes llegan a comprender que tanto sus familiares como ellos mismos han sido víctimas de una estructura opresiva constante, se activa en ellos la base para una agencia política. Sería necesario, pues, promover en las nuevas generaciones una perspectiva que les permita vislumbrar el nexo de los acontecimientos y de las acciones de la generación de la guerra con su propia vida. Los avances en la democracia, a pesar de ser pequeños, han sido el fruto de las acciones de hombres y mujeres del pasado, de quienes no solo se debería de rendir homenaje, sino reflexionar sobre su legado sociopolítico para la construcción de una mejor sociedad. Si la memoria de estas personas es conservada “solo como homenaje y como expresión de duelo por las personas que murieron, con el tiempo tiende a quedar relegada al anonimato, la historia de vida y lucha reducida a la conmemoración de la tragedia, la persecución y muerte” (Lira, 2011, p. 125). La memoria del conflicto armado debería convertirse, pues, en pedagogía para la acción política.

4.1.2. El fin de la guerra y sus valoraciones contrapuestas

El segundo punto sobre el reflejo del carácter activo en la construcción de memorias está relacionado con las valoraciones sobre el fin del conflicto, al menos, de manera armada. Las valoraciones están contrapuestas: unos señalan lo positivo que trajo la guerra, como el cese de represión, y una mayor libertad y democracia; y otras enfatizan lo negativo, vinculado a la imposibilidad de alcanzar los objetivos de bien común que se supone buscaba la guerrilla, y por falta de reconciliación. Resulta llamativo que son valoraciones que emergen de jóvenes que manejan una trama común del origen del conflicto (como se expuso antes) y quienes habitan el mismo territorio. Esto puede ser traducido como el reflejo de la reflexión propia que este grupo de jóvenes ha hecho en relación con el pasado, desde su posición social y experiencia comunitaria. Tal variabilidad no se alcanza a registrar en los resultados del informe del PNUD (2019), pues ahí

se señala que son las personas más jóvenes quienes califican como un pacto bueno o muy bueno a los Acuerdos de Paz, sin considerar las posibles carencias de tal pacto.

Donde sí hay coincidencia entre todos es en caracterizar a este periodo histórico como atroz, lamentable, y expresar una clara desacreditación a las injusticias cometidas y al irrespeto a los derechos humanos. Esto coincide con lo observado por Cornejo *et al.* (2013) en Chile, donde las generaciones más jóvenes, pese al desconocimiento del pasado y a su ideología, expresan una condena a la violación de los derechos humanos en dictadura. Por lo mismo, jóvenes como Verónica y Luis reprochan la falta de diálogo que se sostuvo entre ambos bandos, como un deseo de que el conflicto hubiese devenido de manera pacífica, más que armada, y evitar así el derramamiento de sangre. Con estos resultados es posible reflexionar sobre las valoraciones que hace la juventud en El Salvador sobre la democracia, si se trae a cuenta que son los más jóvenes quienes manifiestan un menor respaldo a esta forma de gobierno y más apoyo a golpes militares (Córdova *et al.*, 2017). Es probable que exista poca consciencia de la transgresión a los derechos humanos dada de forma sistemática en gobiernos autoritarios. Para los nacidos después de 1992, se daría por supuesta la libertad de expresión, por ejemplo, sin realizar que esta ha sido posible por todo un proceso de luchas sociales del pasado. En ese sentido, que exista un claro descontento por los resultados de las expectativas y demandas ciudadanas durante la posguerra no quiere decir que se deba regresar a estas otras formas de gobierno, sino mejorar la incipiente democracia de la cual se goza desde el ejercicio ciudadano.

En el caso de los/as jóvenes de Nueva Trinidad, aunque algunos no tengan claridad todavía de las razones que originaron la guerra, todos manifiestan un constante acercamiento a las narrativas de sufrimiento de sus familiares y vecinos, lo que favorece una consciencia de las implicaciones negativas de las

prácticas autoritarias de los gobiernos pasados y una rotunda oposición a que se repitan. En otras palabras, la memoria del conflicto armado favorece un mejor entendimiento, no solo desde lo cognitivo, sino también desde lo emocional, sobre los peligros de volver a regímenes donde la participación de la población fue transgredida sistemáticamente.

En esa línea, es probable que la diferencia entre los contextos políticos vitales vividos por la generación de “los menores” y la de “los mayores”, como les caracteriza Artiga-González (2018a), haga también que exista una diferencia en la favorabilidad hacia prácticas autoritarias. El contexto de la generación “los menores” tiende a ser más difuso, en la medida en que este colectivo se ha socializado con la implementación de políticas neoliberales en un régimen político híbrido, donde los gobernantes han sido elegidos a través de elecciones libres, pero ejercen su gobierno autoritariamente. Tal situación puede favorecer la ambigüedad respecto a qué es y cuándo se vive en democracia, así como qué es y cuándo se vive en un régimen autoritario.

4.1.3. Dudas del actuar heroico de la guerrilla como figura idealizada

El tercer y último punto remite a la puesta en duda del actuar de la guerrilla en el pasado. Otro elemento que abona a la dinámica llena de matices en esta nueva generación cuando se aproxima al pasado. Independientemente de la simpatía hacia este personaje, jóvenes como Laura, Luis y Alejandro dejan ver que la guerrilla hizo “cosas malas” también durante el conflicto armado. La crítica abierta a la guerrilla la hacen aquellos jóvenes cuyos familiares más cercanos no pertenecieron a dicha organización. Y es que las memorias del guerrillero tienen un peso particular en el seno de las familias, que genera tensión, pues no se habla de un guerrillero a secas, sino de un abuelo, de una madre. Tal situación se relaciona con lo expuesto anteriormente, ya que los/as jóvenes realizan una crítica implícita a posibles acciones que van en contra de los derechos

humanos, a pesar de ser cometidas por el bando de los “amigos”. Su posición social del “después”, y la particularidad de su legado familiar, aquel que no implica la participación directa de sus familiares en la guerrilla, hacen posible una perspectiva distinta del pasado y del presente, acompañada de una crítica a las acciones negativas pasadas, a pesar de la idealización y la simpatía por la figura del guerrillero en la comunidad.

Lo anterior conduce a la reflexión en torno al vínculo de estas nuevas generaciones con la democracia, la reconciliación y la justicia. A la base de la reconciliación, no solo debe existir un conocimiento de la verdad por los hechos pasados, sino justicia por los crímenes cometidos, si se quiere promover una verdadera democracia que consista en el bienestar de todos. La promoción de esto último es un elemento que tendrá dificultades de ser asumido con propiedad por las nuevas generaciones con las características que aquí se describen. El peso familiar y todo su legado (Jara, 2016) entrará en juego para favorecer o limitar los procesos de justicia y reconciliación. Ya lo comenta Lazzara (2020) en su trabajo con descendientes de perpetradores en el marco de dictaduras y guerras, que estos jóvenes se encuentran en un lugar de tensión por la lealtad familiar y la responsabilidad pública por la verdad. No sería fácil, pues, reconocer para ellos que la guerrilla también tiene responsabilidades por crímenes cometidos durante el conflicto armado si sus familiares cercanos fueron excombatientes y sus vecinos también, y porque la narrativa colectiva hacia esta figura es de idealización. Toda la complejidad de esta población mueve a considerar la necesidad de reflexiones que trasciendan “los simples marcos reconciliatorios en pro de la verdad y la justicia”, además de “la necesidad de romper los pactos de silencio que rigen en la comunidad nuclear en favor de la Comunidad con mayúscula” (Lazzara, 2020, p. 246).

En la mayoría de relatos de las personas, este, se culpa a los soldados. No sé qué tan cierto sea,

porque seguramente la guerrilla hizo cosas muy malas también... (Laura, 19 años).

No es algo que yo me sienta orgulloso que tuve un hermano guerrillero (...) porque en la guerra se comenten cosas, pues sí, matan y eso no es como... orgullo para mí... (Alejandro, 21 años).

Con lo anterior se observa que, si bien las voces de los/as jóvenes en su mayoría narran una trama común respecto a la guerra, donde la guerrilla está del lado de los “amigos”, esto no es garantía para dudar de su actuar. Esto da pie para interpretar que las memorias de estos jóvenes, puestas en público, ofrecerían otros elementos que generarían conflictos dentro del espacio comunitario, ligados a relaciones de poder y a la legitimidad del relato del pasado, donde se pondría en tela de juicio lo que pueda “saber” la juventud de tal pasado, puesto que no lo vivieron. Pero también generaría una tensión en el mismo joven en términos identitarios, ya que los/as jóvenes de esta investigación se asumen como miembros de su comunidad, y se apropian de una narrativa que relata sobre el territorio construido por sobrevivientes de la guerra. ¿Que los/as jóvenes realicen una crítica abierta al actuar de la guerrilla conllevaría una traición/contradicción a tal identidad, de acuerdo a la lectura personal y de la comunidad? Sin duda, son situaciones que deben ser discutidas con mayor profundidad de cara a este proceso de renovación generacional, y su interacción con la reconciliación y la justicia: “La reconciliación política requiere no solo políticas de verdad y reparación, sino también justicia y reconocimiento de los derechos de las víctimas” (Lira, 2011, p. 123), todo esto desde una perspectiva intergeneracional.

4.2. La guerra del presente

La trama narrativa continúa en el presente, con la cual los/as jóvenes hacen una exposición del conflicto como acabado, pero solo de manera armada, ya que este ha seguido entre los bandos en contienda a lo largo de la

posguerra. Esto es un respaldo a la afirmación de algunos autores sobre la continuidad de la guerra, pero en el plano político (Artiga-González, 2018b; Dada, 2007). En el presente de posguerra, las memorias sirven para dos cosas: por un lado, ofrecen un esquema en términos de guerra-conflicto para darle orden a lo que pasa en la realidad que ellos viven; y, por otro lado, funcionan como una orientación ética y política para los/as jóvenes, con lo cual evalúan las acciones de las personas de su comunidad. Vale la pena profundizar en cada uno de estos efectos para dilucidar sobre sus implicaciones en las dinámicas sociales y políticas en el presente de posguerra.

4.2.1. El presente convulso por dos guerras

Sobre el primer punto, el esquema del conflicto del pasado le sirve a este grupo de jóvenes para afirmar que en su presente identifican dos “guerras”: una disputada en el plano político electoral y otra relacionada con la violencia social por el fenómeno de las maras y pandillas. En la primera “guerra”, se ubican los mismos personajes del pasado, pero ahora en el plano electoral: el partido ARENA en representación de “los poderosos” y el partido FMLN en representación de “la guerrilla”. Asimismo, de qué es lo que se disputa, que, en este caso, ya no es un bien común que favorezca al pueblo, sino el poder político y económico para beneficio propio. Bajo este esquema, entonces, su idea de “conflicto”, de “guerra”, en contraposición a la de paz o bienestar, se resume en el sostenimiento de la desigualdad social donde unos ostentaban/ostentan el poder a costa de otros.

Aquí... queramos o no queramos estamos en una guerra (...). Me hace pensar eso porque digo yo: la pobreza que hay. (...) una guerra no con armas, pero sí, digamos, con que no hay una dignidad, ni una igualdad en la sociedad. Entonces, yo digo: la guerra siempre la vamos a mantener media vez no veamos por igual al pueblo (Roberto, 23 años).

Para ellos, la mala gestión de los políticos enfrentados en este conflicto en función de intereses propios da como resultado la falta de oportunidades educativas y laborales que sufren hoy día como jóvenes, las dos problemáticas de mayor peso en sus narrativas. Esto no extraña si traemos a cuenta los propios problemas sociales que vive la generación de posguerra, donde un cuarto de la población joven ni estudia ni trabaja, especialmente aquella que habita las zonas rurales, como el grupo que aquí se analiza (DIGESTYC, 2019). Precisamente, para el Sistema de Naciones Unidas (2017, citado en PNUD, 2019), las nuevas generaciones no conciben la paz como ausencia de guerra, sino como una vida libre de violencia en las familias, escuelas y comunidad; además de sentirse libres de abusos físicos y sexuales, y del acoso que generan las pandillas. Ahora, ¿la falta de igualdad social o de oportunidades laborales y educativas es razón suficiente para hablar de guerra en el presente? Lo que se pone de manifiesto con ello es que los/as jóvenes usan un esquema narrativo en términos de disputas, como lo fue la guerra que no vivieron, el cual les sirve muy bien para darle sentido a su realidad actual. Bajo esta misma comparación entre pasado y presente, el recuerdo que tienen sobre los medios para buscar un cambio en el pasado reciente (la protesta y luego las armas), les sirve para distinguir y reflexionar que el medio actual, la vía electoral, tampoco funciona para cambiar la situación de “guerra”. Esa forma de pensamiento es registrada en la juventud a nivel nacional, con una menor participación política electoral y una menor confianza en los partidos políticos (PNUD, 2019).

Desde esta particularidad como nueva generación, los/as jóvenes interpretan que la otra manifestación de la guerra del presente es la violencia social y pandillas, una forma de guerra de la que se lamentan, porque ahora es “entre pobres contra pobres”. Ven con ella un continuo en los altos índices de homicidios de la guerra, con los de la posguerra, que en el fondo respalda la idea de que no se logró transformar la desigualdad social luego de los

Acuerdos de Paz, y la violencia del presente es consecuencia de ello. Aquí también se refleja un uso de las memorias del conflicto armado para la comprensión de las problemáticas actuales, de una manera profunda y crítica. Ya González *et al.* (2019) compartían que un grupo de jóvenes en la comunidad de Arcatao, vecina con Nueva Trinidad, lograban identificar las causas estructurales de la violencia social gracias a una mezcla de “memorias íntimas” y “memorias académicas” posibles por su contexto comunitario, contrario a jóvenes que habitaban una zona urbana de la capital, con interpretaciones presentistas de dicha problemática. En ese sentido, el acercamiento al pasado de guerra para la juventud salvadoreña podría ser un componente clave para promover reflexiones más profundas de la coyuntura actual, con miras a promover una mejor ciudadanía y cultura de paz.

Afortunadamente, los/as jóvenes de Nueva Trinidad aseveran que en su comunidad no viven de manera directa la violencia social, pero sí han sido víctimas de la delincuencia aquellos jóvenes que por razones de estudio viven en la capital. Como ejemplo, Alejandro usa la imaginación para explorar cómo pudo haber sido la violencia bélica, para luego compararlo con la que se vive en el presente. De ello concluye que el miedo del pasado, a consecuencia de la represión del ejército, es parecido al que siente ahora debido a la misma figura del ejército y a la delincuencia, con lo que refleja una especie de continuidad emocional del pasado al presente. Lo anterior permite reflexionar sobre la presencia constante del miedo y la desconfianza en las relaciones cotidianas de la sociedad salvadoreña. Habría una especie de interacción entre aquel miedo que se arrastra del conflicto armado, con aquel producto de la violencia social.

Esta misma situación es identificada en la investigación de González *et al.* (2019) antes mencionada, con jóvenes de la comunidad de Arcatao, y jóvenes de la capital. Los primeros manifestaban un miedo transmitido por sus familiares producto de las experiencias de

guerra (violencia pasada), a pesar de habitar un territorio con bajo índice delincencial en la actualidad, y los segundos exponían tener miedo por la violencia del presente. La señal de todo esto es que no ha habido cambios estructurales en la desigualdad social (la que engendra violencia social) y tampoco se ha implementado una reparación psicosocial a las víctimas del conflicto armado, quienes arrastran los impactos de la guerra psicológica; en otras palabras, el síntoma que aflora es un miedo constante en la interacción cotidiana, producto de heridas estructurales pasadas y presentes. Lo complejo de todo esto es, justamente, la mezcla de los problemas propios de la posguerra con los que se traen desde la guerra, que interactúan para producir una realidad social abrumante. En el fondo se identifican destellos de la transmisión y el sostenimiento del trauma psicosocial en nuestra sociedad (Martín-Baró, 1990), aquella herida ubicada en las relaciones sociales, producto del impacto de la violencia estructural mantenida al día de hoy.

En mi presente eso es lo que está pasando, que se les está olvidando la historia y la están volviendo a vivir. Porque prácticamente hay dos bandos como antes había dos bandos: los guerrilleros y los soldados; los mareros y los policías hay ahora (Luis, 19 años).

Lo más terrible es que ahora la violencia que se está generando es... entre pobres contra pobres (Verónica, 22 años).

4.2.2. Las memorias como orientación ética y política

El segundo punto tiene que ver con las memorias funcionando como una orientación ética y política para los/as jóvenes, desde las cuales evalúan el actuar político partidario a nivel nacional, pero sobre todo a nivel comunitario. Para ellos, el objetivo desde la guerrilla de luchar contra las injusticias y promover un bien común se ha perdido ahora. Comentan que los políticos del partido FMLN actúan de

una manera contraria, con una mala gestión en detrimento de la comunidad, a pesar de haber sido guerrilleros: no escuchan todas las opiniones, actúan en beneficio propio, etc.

Con las memorias como parámetro, pues, los/as jóvenes critican la dinámica político partidaria en su territorio, y llegan a aseverar, como lo hace Verónica, que las mismas personas que lucharon en el pasado y ahora ostentan un puesto político en Nueva Trinidad "están adoptando una actitud muy similar a la que tuvieron los poderosos en aquel entonces". Con una situación así, la apuesta por lo comunitario, que desde el conflicto armado se trae, se estaría transgrediendo, pues se dejaría de lado la organización comunitaria como estrategia clave para sobrellevar las dificultades. Más bien se asemejarían al bando opuesto, al de "los poderosos". Esto provoca una situación de tensión en los/as jóvenes, ya que lo que representa el FMLN como personaje del pasado les genera simpatía, pero en el presente se replantean si este sigue siendo "el partido de los pobres".

Se complica, en este caso, usar un esquema de "buenos y malos", pues ya no es tan claro de qué lado están los personajes que en el pasado conformaban el bando "amigo" y que ahora se agrupan en un partido político. Además, hacer una crítica abierta al partido FMLN no es fácil, pues tras de sí está todo el peso de las memorias. No es otro partido político más, sino que representa la organización a la cual pertenecieron vecinos y familiares en el pasado.

Los/as jóvenes encaran estas tensiones, por un lado, separando a las personas (los políticos) del partido y responsabilizándoles de traicionar los idearios del pasado, lo que evita por ahora pensar en alternativas al FMLN como partido. Además, varios jóvenes tienen una participación activa en su comunidad desde organizaciones sociales, pero no desde lo político partidario. Esta postura se relaciona con los planteamientos de Jara (2016), quien observa que la respuesta al pasado de la segunda generación luego del golpe de Estado en Chile no necesariamente ha sido

organizada y política. Desde los/as jóvenes de Nueva Trinidad, se puede reflexionar sobre la dinámica particular de la juventud en el país. El informe del PNUD (2019) pone de manifiesto la desconfianza que la juventud de El Salvador hacia los partidos políticos, además de la poca participación social. Y la participación que existe tiende a imperar en grupos religiosos, los cuales no necesariamente promueven una participación ciudadana. Justamente, lo que se evidencia es la ausencia de participación de la juventud en las problemáticas que aquejan sus comunidades. Si bien los/as jóvenes de esta investigación tienen una participación activa en organizaciones sociales y religiosas, no ponen de manifiesto un involucramiento activo en acciones políticas, ni en acciones en pro de la memoria de su comunidad. Queda sobre la mesa si esta situación es por desinterés de su parte o por obstáculos del contexto a su involucramiento.

¿Ya no te simpatiza el Frente? Siempre me va a simpatizar, va. Siempre voy a ser de izquierda, rojo de corazón, como decimos nosotros, pero... siempre voy a criticar y a decir lo que no me gusta. (...) porque yo no me gusta lo que ellos hacen, pero los políticos les llega a llorar uno, les da lo mismo. Por eso... no me gusta involucrarme tanto ahora en la política (Roberto, 23 años).

Resulta llamativo que los/as jóvenes muestran intentos de desprenderse de sus antecesores, pero al mismo tiempo parecen estar anclados a ellos. De ser así, pensando en el plano político, las memorias de sufrimiento que se comparten en Nueva Trinidad pueden tener dos efectos contradictorios: servir para la acción política en un futuro (Jara, 2013); pero también volverse una carga si se quieren implementar alternativas a la forma de pensar del pasado y, en concreto, a la superación del partido FMLN como opción política. Como se describió anteriormente, en la comunidad San Antonio Los Ranchos (Chalatenango), donde históricamente el FMLN había sostenido el gobierno local, ha perdido tal poder desde 2015, producto de un descontento ciuda-

dano, promovido por jóvenes descendientes de exguerrilleros (Rauda Zablah, 2019). Pese a este acontecimiento significativo, en esta microrregión de Chalatenango, no se ha generado un “efecto dominó” entre las comunidades, aunque exista un claro descontento por el partido FMLN a nivel nacional y, en específico, por los/as jóvenes en Nueva Trinidad. A estas alturas, pese a la debacle de este partido en las elecciones de 2018 y 2019, no han emergido partidos nuevos con ideología de izquierda, como sí ha pasado con partidos de derecha.

Con lo anterior, es posible identificar el dilema de las segundas generaciones, que para el caso remite a haber nacido luego de 1992 y haberse socializado en el periodo de reconstrucción de la posguerra. Enmarcados en este contexto, los/as jóvenes parecen sujetos por el pasado, pero al mismo tiempo sueltos. Históricamente no vivieron la guerra, pero su configuración de sujeto en la interacción cotidiana con las marcas de la guerra en las personas y los espacios les hace experimentar que sí. Como dice Verónica: “Aunque no había nacido, pero sí siento que como que formé parte de esa historia también”. Y es que para Moral *et al.* (2020), la segunda generación tiende a presentar fuertes lazos emocionales, y una idealización de figuras como sus padres, que les afectan la elaboración clara de su pasado. En cambio, la tercera generación es capaz de colocar la historia familiar y la responsabilidad social en un contexto sociohistórico más amplio, pues están más alejados de los eventos y los lazos familiares que puedan limitarlos. Si asumimos que el grupo de jóvenes con los que se trabajó son parte de la segunda generación, su vínculo con el pasado de sus familiares aún es fuerte y los interpela significativamente. Quizá sea su descendencia, la tercera generación, la que gestione mejor su acercamiento al pasado en función de lo familiar y comunitario, y lleve a la acción un cambio radical en las estructuras sociales.

Toda esta situación tendría sus consecuencias en términos políticos, ya que podría ser una de las razones que haga difícil la crítica

hacia el FMLN, ahora partido, y su consecuente superación. La conexión fuerte con sus antecesores puede estar condicionando las acciones políticas en los/as jóvenes de Nueva Trinidad, pues tal vez no se sientan protagonistas del pasado (Reyes *et al.*, 2015), porque no lo vivieron, pero tampoco se posicionen como protagonistas del presente, pues, en él, este pasado de guerra sigue vivo. En lo local, habría una manifestación de lo que pasa en el contexto político a nivel nacional, de acuerdo con las reflexiones de Artiga-González (2018). La generación de “los menores” se encuentra en la disyuntiva de sumir el mundo impuesto por sus antecesores (lo que implica la misma forma de hacer política) o correr el riesgo de vivir su propio mundo con autenticidad.

4.3. La guerra en el futuro

Finalmente, la trama del conflicto alcanza una narración a futuro. Aunque se relata poco, resulta significativo que, desde el presente, los/as jóvenes consideren la posibilidad de que se repita un conflicto armado como el del pasado. Es una valoración que se sostiene por la idea de la continuidad del conflicto mismo hasta su presente. Es decir, ya que aseveran que el conflicto no se acabó con los Acuerdos de Paz, sino que se ha sostenido a nivel político, y también con otras manifestaciones como la violencia social, ven probable que tanta conflictividad presente devenga en una lucha armada. Aunque pueda parecer chocante este tipo de interpretaciones por los/as jóvenes, permiten caer en la cuenta de que, en países como El Salvador, en convulsión constante y con una incipiente democracia, nada debe darse por sentado. Ya las investigaciones nos advierten sobre la favorabilidad hacia prácticas autoritarias como los golpes de Estado identificados en la población más joven del país (Córdova *et al.*, 2017). Son señales de posibles problemas venideros, si no se trabaja para su prevención.

Para algunos/as jóvenes de Nueva Trinidad, las memorias del conflicto armado son claves para encarar la guerra del futuro. De ellas se puede aprender cómo afrontar tal

situación de acuerdo a como lo hicieron sus familiares y vecinos anteriormente; es más, las memorias les darían luces para decidir por cuál bando optar de darse esta disyuntiva. Pese a que exista la posibilidad de que se repita, varios concuerdan en que la forma para evitarlo es, justamente, hacer memoria del pasado y aprender de este. Pareciera ser que la generación de jóvenes de posguerra, por su posición social e histórica, están obligados consciente o inconscientemente a asumir y reconciliarse con la guerra que no vivieron. Todas sus memorias ponen de manifiesto que lo no vivido es también parte de su identidad, y que la forma en que vean su mundo, a partir de los tres tiempos, tendrá esa marca que también sus familiares tienen. Como lo reconoce Manuel: la historia del conflicto armado “es algo que está marcado ya en nuestras vidas”.

¿En tu futuro va a estar el conflicto armado? *Tal vez no así... literalmente con balas, sino que tal vez con esa historia que quedó marcada. ¿Te va a acompañar esa historia? ¡Sí!, esa... siempre hasta que muramos va ir acompañada en nosotros... aunque uno no quiera, pero creo que es algo que está marcado ya en nuestras vidas (Manuel, 21 años).*

5. Conclusiones

En general, se observa que los/as jóvenes, pese a no haber vivido la guerra, construyen memorias propias. En esa construcción, emerge una trama narrativa que sigue un esquema de conflicto/guerra (bandos encontrados en constante disputa), no solo en referencia al pasado, sino también al presente y al futuro. En el pasado, el conflicto deviene de manera armada y sus consecuencias se proyectan en el tiempo. La trama se alarga más allá del fin formal del conflicto y sigue tejiéndose hasta alcanzar su vida actual. La memoria de la guerra les permite, entonces, examinar su presente y aseverar la continuidad de esta situación bélica, aunque con otras modalidades y personajes; además les

sirve como orientación ética y política en la vida, desde la cual critican el mal proceder de sus gobernantes locales. A futuro, relatan que esta memoria les servirá para saber qué hacer si se repite otra guerra como la pasada.

Aunque haya cambios al pensar el conflicto en los tres tiempos, lo que se mantiene es la estructura de lo narrado, ya que aparece un objeto que es disputado por ciertos bandos: los poderosos versus los pobres; los políticos de derecha versus los políticos de izquierda; la policía versus las pandillas. Esta forma de narración remite a los planteamientos de Martín Kohan (2014): para él, cuando la guerra es el origen de la nación, las narrativas posteriores conllevan estos esquemas bélicos. El conflicto armado salvadoreño no ha sido el origen de la nación, pero sí lo ha sido, de algún modo, de Nueva Trinidad como territorio. Hay algo de esto en las narraciones de los/as jóvenes, en sus intentos de acoplar su realidad a los esquemas del gran conflicto armado que vivieron sus familiares y vecinos. Vale preguntarse, entonces, ¿cuándo termina el conflicto si todo lo veo en términos de conflicto? Justamente, la coyuntura actual se impone para demostrarnos que la semilla del autoritarismo está impregnada en nuestras relaciones, las cuales manifiestan el daño de un trauma psicosocial histórico, y que al día de hoy posibilitan la emergencia de líderes y políticos autoritarios.

En ese sentido, a través de las narraciones de los/as jóvenes de Nueva Trinidad, se evidencia que las memorias del conflicto armado, y la manera en que se construyen, tienen implicaciones importantes en su interpretación y actuar en la realidad. La elaboración de tales memorias, su apropiación y su gestión tendrán cabida en los condicionamientos de la participación ciudadana y política en la reconciliación nacional y en la justicia. En el fondo, poner sobre la mesa el pasado del conflicto armado y su proyección al presente y futuro, por estas nuevas generaciones, puede significar un trabajo clave en aras de una mejor democracia.

El sostenimiento de una narración en términos bélicos denota la importancia de trabajar las relaciones sociales en la sociedad salvadoreña, pues es desde allí donde se han ido configurando las interpretaciones de la realidad vivida. Se vuelve necesario, secundando a Artiga-González (2018), nuevas formas de relación para la construcción de una nueva sociedad, que dé cabida al protagonismo de las nuevas generaciones y tenga la verdad, la justicia y la reparación social del pasado y del presente como elementos claves en pro de la democracia. De continuar todo igual, quedan abiertas las posibilidades para pensar si las generaciones que vienen asumirán una narrativa bélica parecida y en su presente (futuro) se valdrán de las memorias del pasado para volver a afirmar, como uno de los jóvenes lo hace: “Estamos en guerra”.

Referencias bibliográficas

Alvarado, J. (4 de mayo de 2015). Las claves de cinco municipios que se vacunaron contra la violencia. *El Faro*. <https://www.elfaro.net/es/201505/noticias/16811/Las-claves-de-cinco-municipios-que-se-vacunaron-contra-la-violencia.htm>

Arias, L. R. y Roa, C. P. (2015). Implicaciones del sufrimiento en niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado para pensar la memoria y la reparación en clave intergeneracional: apuestas conceptuales. *Prospectiva*, 20, 115-140. <https://revistapropectiva.univalle.edu.co/index.php/prospectiva/article/view/936/1056>

Arnosó, M., Cárdenas, M. y Páez, D. (2012). Diferencias intergeneracionales en la mirada hacia el pasado represivo chileno. *Psicología Política*, 45, 7-26. <https://www.uv.es/garzon/psicologia%20politica/N45-1.pdf>

Artiga-González, Á. (8 de mayo de 2018a). 60-40: la política salvadoreña en clave generacional. *Noticias UCA*. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/60-40-la-politica-salvadorena-en-clave-generacional>

Artiga-González, Á. (15 de mayo de 2018b). Hora de la generación de “los menores”. *Noticias UCA*. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/hora-de-la-generacion-de-los-menores>

Audiovisuales UCA. (2005). Nueva Trinidad: Una historia escondida [Video]. *YouTube*. <https://www.youtube.com/watch?v=LZjY9PdJSNw>

Bernasconi, O. (2011). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, 56, 9-36. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/28611/26630>

Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Lom Ediciones.

Castro, G. (2007). Jóvenes: La identidad social y la construcción de la memoria. *Última Década*, 15(26), 11-29. <http://doi.org/10.4067/S0718-22362007000100002>

Córdova, R., Rodríguez, M. y Zechmeister, E. (2017). *Cultura política de la democracia en El Salvador y en las Américas, 2016/17: Un estudio comparado sobre democracia y gobernabilidad*. <http://www.fundaungo.org.sv/asset/documents/394>

Cornejo, M., Mendoza, F. y Rojas, R. C. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Psykhe (Santiago)*, 17(1), 29-39. <http://doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>

Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E. y Rocha, C. (2013). Historias de la dictadura militar chilena desde voces generacionales. *Psykhe*, 22(2), 49-65. <http://doi.org/10.7764/psykhe.22.2.603>

Dada, C. (2007). La prolongación de la guerra por otros medios, en Á. Artiga, C. Dada, D. Escobar y H. Martínez (Eds.). *La polarización política en El Salvador* (pp. 1-22). FundaUngo-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Dada, C. (2016). Postwar kids: pragmatism or rupture? *ReVista: Harvard Review of Latin America*, 15(3), 20-23.

Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). (2019). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2019*. Ministerio de Economía, Gobierno de la República de El Salvador. <http://www.digestyc.gob.sv/index.php/novedades/avisos/965-ya-se-encuentra-disponible-la-encuesta-de-hogares-de-propositos-multiples-2019.html>

Dobles, I. (2009). *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. Editorial Arlekin.

Fondo Social de Inversión social para el Desarrollo Local (FISDL) y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). (2005). *Mapa de la pobreza: política social y focalización*. FISDL.

Gaborit, M. (2005). Psicología social de la niñez en El Salvador: condicionantes en la construcción de la preciudadanía, en N. Portillo, M. Gaborit y J. M. Cruz (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 290-316). UCA Editores.

Gaborit, M. (2006). Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 61(693-694), 663-684.

Gaborit, M., Zetino, M., Brioso, L. y Portillo, N. (2012). *La esperanza viaja sin visa: Jóvenes y migración indocumentada en El Salvador*. Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA)-Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).

Gálvez, J. J. (11 de septiembre de 2020). Condenado a más de 130 años de prisión el único acusado del "asesinato terrorista" de cinco jesuitas españoles en El Salvador. *El País*. <https://elpais.com/espana/2020-09-11/condenado-a-mas-de-130-anos-de-carcel-uno-de-los-autores-intelectuales-de-la-matanza-de-los-jesuitas-espanoles-de-1989.html>

González, R., Rodríguez, S. y Urrutia, X. (2019). Representaciones sociales de la violencia directa de jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 74(756), 37-71.

Harper, D. (2002). Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1), 13-26. <http://doi.org/10.1080/1472586022013734>

Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (2014). *Metodología de la investigación* (6.^a ed.). McGraw-Hill.

Hogan, S. (2012). Ways in which photographic and other images are used in research: An introductory overview. *International Journal of Art Therapy*, 17(2), 54-62. <http://doi.org/10.1080/17454832.2012.699533>

Jara, D. (2013). Memoria transgeneracional y guetificación: una lectura posthalbwachiana al trabajo de Elizabeth Lira [Ponencia]. XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Santiago, Chile.

Jara, D. (2016). *Children and the Afterlife of State Violence: Memories of Dictatorship*. Palgrave Macmillan US. <http://doi.org/10.1057/978-1-137-56328-6>

Jelin, E. (2012). *Los trabajos de la memoria* (2.^a ed.). Instituto de Estudios Peruanos.

Kohan, M. (2004). *El país de la guerra*. Eterna Cadencia Editora.

Krämer, M. (2009). *El Salvador, unicornio de la memoria* (2.^a ed.). Museo de la Palabra y la Imagen.

Lara Martínez, C. B. (2018). *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*. UCA Editores.

Lazzara, M. J. (2020). Familiares de colaboradores y perpetradores en el cine documental chileno: memoria y sujeto implicado. *Atenea*, 521, 231-248. <https://doi.org/10.29393/At521-17CVDJ10016>

Lira, E. (2011). Chile: Dilemmas of Memory, en F. Lessa y V. Druliolle (Eds.). *The memory of state terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay* (pp. 107-132). Palgrave Macmillan.

Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242. <http://www.jstor.org/stable/10.2307/40183643>

Martín-Baró, I. (1990a). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador, en *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (pp. 65-84). UCA Editores.

Martín-Baró, I. (1990b). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador, en *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (pp. 159-173). UCA Editores.

Moral, J., Bayer, G. y Canet, F. (2020). Facing the perpetrator's legacy: post-perpetrator generation documentary films. *Continuum*, 34(2), 255-270. <https://doi.org/10.1080/10304312.2020.1737436>

Moreno, R. (2004). *La globalización neoliberal en El Salvador. Un análisis de sus impactos e implicaciones*. Fundación Món-3.

Naciones Unidas. (1992). *Acuerdos de El Salvador: en el camino de la paz*. Editorial Arcoiris.

Orellana, C. (2005). Discurso oficial y reparación, en N. Portillo, M. Gaborit y J. M. Cruz. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 169-222). UCA Editores.

Pineda, A. (28 de octubre de 2020). Procurador DDHH llama al Gobierno a parar militarización de poblados fronterizos en Chalatenango. *El Mundo*. <https://diario.elmundo.sv/procurador-ddhh-llama-al-gobierno-a-parar-militarizacion-de-poblados-fronterizos-en-chalatenango/>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2019). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2018. ¡SOY JOVEN! ¿Y ahora qué?* https://www.sv.undp.org/content/el_salvador/es/home/library/informe-sobre-desarrollo-humano-el-salvador-2018-isoy-joven--y-.html

Rauda Zablah, N. (10 de marzo de 2019). El FMLN ignoró la lección de Los Ranchos. *El Faro*. https://elfaro.net/es/201903/el_salvador/23104/El-FMLN-ignor%C3%B3-la-lecci%C3%B3n-de-Los-Ranchos.htm?st-full_text=all&tpl=11

Rauda, N. (21 de septiembre de 2020). El Gobierno Bukele, como los anteriores, niega a las víctimas los archivos de El Mozote. *El Faro*. https://elfaro.net/es/202009/el_salvador/24831/El-Gobierno-Bukele-como-los-anteriores-niega-a-las-v%C3%ADctimas-los-archivos-de-El-Mozote.htm

Reyes, M. J., Cornejo, M., Cruz Contreras, M. A., Carrillo, C. y Caviedes, P. (2015). Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias acerca de la dictadura militar chilena. *Universitas Psychologica*, 14(1), 255-270. <http://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy13-5.dicm>

Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura*, 25, 189-207.

Silva, D. F. (2014). Acerca de la relación entre territorio, memoria y resistencia. Una reflexión conceptual derivada de la experiencia campesina en el Sumapaz. *Análisis Político*, 27(81), 19-31. <http://doi.org/10.15446/anolp.v27n81.45763>

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.

Tribunal Supremo Electoral. (19 de diciembre de 2018). *Elecciones*. <https://www.tse.gob.sv/TSE/Elecciones>

Valencia, R. (10 de febrero de 2020). Las consecuencias del falso golpe de Estado en El Salvador. *Post Opinión, The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2020/02/10/las-consecuencias-del-falso-golpe-de-estado-en-el-salvador/>

Van Alphen, E. (2006). Second-Generation Testimony, Transmission of Trauma, and

Postmemory. *Poetics Today*, 27(2), 473-488.
<http://doi.org/10.1215/03335372-2005-015>

Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Paidós.

Vázquez, F. (2005). Construyendo el pasado: la memoria como práctica social, en N. Portillo, M. Gaborit y J. M. Cruz. (Eds.). *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 109-143). UCA Editores.

Voigtländer, L. (2016). Guerrilla en la mente: memoria y fotografía en los discursos de la segunda generación en Morazán, El Salvador, en M. Contreras Saiz, T. Louis y S. Rinke (Eds.). *Memorias y conflicto. Memorias en conflicto. Intercambios metódicos y teóricos de experiencias locales latinoamericanas* (pp. 247-278). Verlag Hans-Dieter Heinz, Akademischer Verlag Stuttgart.